

ct

Lo callado

de
Begoña Tena

(fragmento)

3. LA ANCIANA

Voz en off NIÑA: Abuela, abuela... despierta... Mira, mira la luna... ha empezado el eclipse... Abuela, despierta... te lo vas a perder... Abuela, abre los ojos... Mira, esta es la chica nueva... viene a cuidarnos esta noche... Venga, abuelita... ¡despierta!, ¡no duermas más!

ANCIANA

¡Dejarme en paz! Yo no duermo, ¡pienso!... tengo muchas cosas que pensar... Cuando llegues a mi edad tendrás que hacer balance de mucha vida... y eso lleva tiempo... Yo no duermo, pienso... Pienso en todo lo que me ha pasado; pero sobretodo pienso en lo que no me pasó... *(Pausa)* A ver esa luna... bah, apenas se ve desde aquí... ¡Ay, esta casa me pone triste! Por la ventana solo se ven fincas, y más fincas; antenas, parabólicas, trozos de metal... No me gustan las torres, no me gusta vivir tan alto... si al menos se viera la luna... o el mar... A mí me gustaba el mar, desde mi casa, a lo lejos, veía la línea azul; los días despejados veíamos el mar... Yo subía a la terraza para tender y ver el mar, esa línea... Tu abuelo siempre me decía que un verano bajaríamos a la playa, para bañarnos... pero nunca lo hicimos. El campo es muy sufrido. Tu abuelo y yo nunca tuvimos un día de descanso. Solo la tierra, las almendras y el aceite. Somos gente de secano, de montaña, de tierra adentro. Mandar un hijo a la ciudad, al mar, a estudiar... ¡cuántos sacrificios! Cuántas horas en el monte, cuidando que no se perdiera ni una oliva, ni una almendra. ¿Por qué no te gustan las almendras? No es normal... eso de la alergia, no es normal... Lo hacéis por llevar la contraria. ¡Qué mala estirpe sois! ¿Es que acaso os damos vergüenza? Sí, eso es. Por eso tu padre no volvió... Podría haber sido un buen maestro, el maestro del pueblo; había niños; si no se hubiesen marchado, la escuela estaría llena... Qué bonita era la escuela del pueblo. Mi padre me mandó estudiar; mi padre quiso que no fuera tonta. Y aprendí a leer y a escribir y a hacer números... Tu abuelo nunca supo hacer la o con un canuto; yo llevé las cuentas; yo apunté cada onza de aceite... a mí no me engañaban en la almazara... no se atrevían... pero tu abuelo... *(Pausa)* Yo no sé por qué me casé con él... eran otros tiempos... Tú, nieta, no te cases, no te cases nunca... No te fíes de las palabras bonitas, ni del corazón bravo; el corazón es un potro desbocado pero luego... luego llega la calma, y la rutina, y los silencios... qué malos son los silencios. Nunca te enamores de nadie con el que no puedas hablar, porque la carne se pansa pero el cerebro sigue vivo... Busca a alguien que te avive el pensamiento... Qué bonito es hablar con alguien en las noches de invierno, al calor de la leña, ahí, junticos... Yo recuerdo así a mi padre y a mi madre, recuerdo las noches en la chimenea... y ellos hablando, ¡se reían tanto! Eso era bonito. Tu abuelo y yo no tuvimos más que un televisor, todas las noches frente a él, sin decir palabra. No te cases, pequeña, no te cases... No te juntes con nadie que no te deje ir al baile. No te cases con nadie que no te deje vestir corto. No te cases con nadie que no te deje leer. No te cases con nadie que sea más tonto que tú. No te cases con nadie que no te deje reír. No te cases con nadie que no te deje poner el nombre a tus hijos. No te cases con nadie que te levante la mano. No te cases con nadie que no te quiera bien. *(Silencio)* Aunque, qué tonterías digo... esa cosas ya no pasan ahora. Eso era en mi época, hace mucho... Pero ahora, ahora puedes querer, ¿verdad? A quien tú quieras, sin que te digan lo que debes pensar, hacer o decir. Yo no pude decir mucho; y aunque hubiera podido, no sabría nombrarlo, no sabría utilizar las palabras porque... sentía cosas... extrañas. Sentía algo distinto. Yo quise mucho, demasiado, pero... *(Pausa)* A mí me habría gustado ser beata, como mi suegra... Cuando una es beata muchas preguntas

desaparecen y sabes lo que tienes que hacer: las condenas, los suplicios, pedir perdón, arrepentirte, implorar y rezar por no sentir lo que yo sentía. ¡Porque sentía tanto! Si yo hubiese sido beata de corazón, me habría ahorrado mucho sufrimiento. Pero, oye, aunque no haya sido beata, lo he parecido de forma admirable. He sido toda mi vida una impostora, una farsante... pero nadie se dio cuenta. Toda la vida callando, disimulando, haciéndome pasar por quien no era. Y en la misa, la más recta, la más seria, la más piadosa... qué bien recitaba los salmos; qué bien comulgaba con la mantilla perfecta; cómo miraba al cura, con penitencia; cómo rezaba el rosario y cumplía la cuaresma; y el viernes, pescado; y las fiestas de guardar; y las recolectas; y vestir a los santos; y el luto más largo; y todo... ¡mentira! Porque en ese dios yo no creo. Dios debe ser otra cosa... yo no soy atea, soy de lo otro, de los que ni chicha ni limoná. Eso era muy de mi casa, de mis padres... siempre decían que dudar no estaba mal... Así que yo siempre dudé de la existencia de dios y, de su no existencia, también. Igual eso fue de cobardes... no sé. Yo fui a la iglesia para soltarme del yugo de tu abuelo, el único rato que me dejó tranquila. Él no pisó nunca la iglesia. Y mira, eso es lo único que me gustó de él. Todos los días yo iba a misa; qué devota, pensaba la gente... mentira. Era un rato mío para estar a solas. Y aunque mi cuerpo y mi voz seguían la liturgia, mi cabeza andaba en otras cosas. Cómo corría mi cabeza, saltaba y daba brincos. Cuánta felicidad se esconde en la sesera porque... mira que es misterioso el cerebro... A mi me habría gustado estudiar el cerebro, en la universidad; estudiarlo para ver si hallaba respuesta a lo que me pasaba por dentro... Muchos pensamientos y cólera, qué cólera sentía por mi misma, por intuir que aquello sentido no era bueno. Nunca se lo dije a nadie, ni siquiera a ella, a Teresa. Tú te ibas a llamar así por ella. Cuando naciste yo dije: esta niña se llamará Teresa. Pero tu padre no quiso. Tu padre dijo: Rebeca. Menudo nombre. Tú tenías cara de Teresa. Aunque no os parecéis en nada. Tú eres alta y fuerte, y ella delgaducha y poca cosa, con los ojos grandes, abiertos, despiertos... y tú los tienes medio cerrados siempre de tanto mirar esas pantallas. *(Pausa)*. Mi Teresa, era la muchacha más buena, la más dulce. Mi amiga del alma. De niñas, inseparables, todo el día corriendo en los montes, bañándonos en el río, comiendo pan con aceite, mirando luciérnagas... qué bonitas las luciérnagas... En un bote cogí un puñado y las llevamos a casa... Pero ella lloraba, decía que le daban pena, y enseguida las solté por no verla disgustada. ¡Ay, Teresa!, ¡qué infancia tan bonita tuvimos! A pesar del hambre y la miseria, qué felices fuimos, siempre juntas. Luego ya... nos casamos y todo cambió. Solo teníamos el ratito de la iglesia, aunque nunca nos pusimos juntas, cada una en una fila porque la gente... la gente murmura, la gente es mala, la gente no tiene vida propia y se dedica a escudriñar... dos mujeres, si no son familia, mal visto está. Así que solo nos mirábamos de lejos en la iglesia... y en el lavadero. Cuántas horas juntas en el lavadero. De los cuatro que había en el pueblo, nosotras íbamos al más pequeño, el de agua turbia, al empinao... ahí no iba nadie porque olía a cerdos, del vecino; pero a nosotras nos parecía el paraíso. Ahí lavábamos y hablábamos, ¡hablábamos tanto! Ella me contaba sus penas y yo las mías; algunas se parecían porque los males de las mujeres se parecen demasiado... Pero también los sueños, y las fantasías. Y las esperanzas. Y cantar, también cantar. Yo allí, lavando, sentía una dicha extraña. Teresa era, era... *(Pausa)* Qué rápido se me pasaba el rato... y luego el resto del día esperando, esperando que se acabara para que llegara de nuevo la hora del lavadero... Solo vivía por eso, por el encuentro... Nuestra dicha olía a jabón, y a cerdos, y a frío en las manos. Pero el corazón, el corazón... un incendio. Yo creo que ella también sentía ese fuego... Allí, en el agua, había fuego... Nunca lo hablamos, nunca le llegué a decir nada, ¿pero qué le iba a decir si yo misma no entendía ese tormento, esa ansia y esa dicha, ese volcán que me comía por dentro? ¿Cómo llamarlo? ¿Qué nombre tiene? ¿Era un peligro sentir aquello? *(Silencio)* Nuestro paraíso desapareció, el día que el marido de Teresa, compró la lavadora, ¡maldito invento! Con ella todo se fue al cuerno. Cuando vi la caja se me hizo todo negro. Luego... arañábamos minutos al día por vernos... en la tienda, en el pan, en la iglesia... no faltamos ni un

solo día a la iglesia. Devotas, nos llamaban... panda de idiotas. A los pocos años, Teresa se marchó. La mitad del pueblo se marchó. Se fueron a la costa, a trabajar en la fábrica... aquí vinieron... Y yo me quedé sola, como muerta. Y todas las noches frente a la pantalla, como tú, medio tonta. Haciéndome pasar por otra. Y pensando en ella, en Teresa... mi amiga del alma. (*Silencio*) Ahora, las dos somos viudas... fui al entierro de su marido, aquí, en la ciudad... Qué abrazo más largo, después de 20 años sin vernos, qué abrazo tan largo. Lloramos, de alegría, pero nadie se dio cuenta. Luego me quedé yo viuda y me vine aquí, con vosotros, pero todo fue por ella. No se lo he dicho a nadie, solo tú lo sabes todo. Y no sabes nada, porque yo no he dicho nada... y lo he dicho todo. (*Silencio*) ¡Ay, Rebeca! Yo no quiero vivir más en esta casa, aquí no se ve la luna... ni el mar; cuando vivía lejos, en el pueblo, en lo alto, allá arriba, veía el azul. Y aquí... aquí, solo veo cemento. (*Silencio*) Rebeca, te voy a contar un plan/secreto: no me queda mucho, lo sé. Y lo poco que me queda no voy a pasarlo en esta casa. Por eso, voy a portarme muy mal; a tus padres no les voy a obedecer; me quitaré el pañal, me cagaré encima, romperé los vasos y los platos, tiraré las pastillas, escupiré a las vecinas, a la chica, y a ti, te tiraré del pelo. Voy a ser mala, muy mala... esta casa va a ser un infierno, no van a poder conmigo. Pero... ayúdame, ¡ayúdame! Cuando ya la paciencia se agote, cuando veas que no pueden más, entonces, tú, por favor, pídeles que me lleven al asilo... Prométeme eso: díles que me lleven al asilo... a éste, mira (*mostrando una tarjeta*) ... quiero que me lleven a éste... con Teresa... ¡a éste! Júramelo, Rebeca, ¡júramelo! Teresa, por fin juntas, las dos... Dejadme en el asilo, por el amor de Dios, dejadme con ella... Y volveremos a hablar, y a lavar, y a cantar... cómo cantabas, Teresa, cómo cantabas...

Canta

Las muchachas de la fuente
 tienen sueños y miradas
 nadie sabe lo que sienten
 solo son silencio y alas.

Calladita iba bailando
 sin besar nunca los llanos
 que su pecho es una herida
 que solo cura cantando...

Mi amor no tiene nombre
 mi amor no tiene nombre
 mi amor, del firmamento,
 el lucero de la noche